

de cada cuartel, de manera que aseguraban á los conjurados que mientras se les avisase la víspera de la egecucion, se obligaban á hacer levantar la mayor parte del pueblo á la hora que se señalase.

Asegurado Pinto de los artesanos, dirigió sus miras hácia los demas conjurados: exortóles á todos en particular que se tuviesen prontos para la egecucion al primer aviso que recibirian; que se asegurasen de sus amigos bajo pretexto de cualquier querrela particular sin confiarles la ocasion ni el motivo para el cual se necesitaba de su apoyo; pues muchos hombres pueden tener valor y resolucion con la espada en la mano, que no son capaces de guardar á sangre fria el peso de un importante secreto.

Hallándolos á todos firmes, intrépidos, llenos de ardor y de impaciencia de vengarse de los Españoles, consultó el negocio con Almeida, Mendoza, Almada y Mello, los cuales viendo que todo estaba en el estado que podia desearse, fijaron el dia

de la egecucion á un sábado 1º de diciembre (1640). Inmediatamente dieron aviso de ello al duque de Braganza, á fin que por su parte se hiciese proclamar rey en el mismo dia en toda la provincia de Alentejo que casi toda ella le prestaba vasallage; y antes de separarse convinieron reunirse otra vez para tomar las últimas medidas para la egecucion.

El 25 de noviembre se reunieron de noche en el palacio de Braganza, como estaba concertado: viéron que podian contar poco mas ó menos con ciento y cincuenta caballeros los mas de ellos gefes de casas principales, con todos sus criados, y unos doscientos artesanos todos hombres de puño, con los cuales se podia contar, y que por su crédito en la ciudad arrastrarian fácilmente el resto de la poblacion.

Se decidió la muerte de Vasconcellos como una víctima debida al resentimiento de todo el Portugal. Hubo algunos que propusieron tratar de la misma manera al

arzobispo de Braga, haciendo presente que era un hombre temible por su gran talento; que no podia esperarse que este mirase con indiferencia el movimiento que iban á egecutar; que podria reemplazar el secretario poniéndose al frente de los Españoles y de sus hechuras que estaban en la ciudad; que mientras se harian esfuerzos para apoderarse del palacio, podria meterse en la ciudadela ó venir á socorrer la vireyna, á la cual es bien sabido estaba enteramente adicto; que en un negocio tan importante no debian dejarse enemigos detras que pudiesen hacer arrepentir de haber tenido una piedad mal entendida y una compasion inoportuna.

Estas razones hicieron consentir á su muerte á la mayor parte de la asamblea; y este prelado corria el mismo riesgo que Vasconcellos si don Miguel de Almeida no hubiese tomado su defensa (1). Hizo

(1) Soussa de Macedo dice que fue de Almada, p. 554.

presente á los conjurados que la muerte de un hombre de semejante carácter, y revestido de tan grande dignidad, les haria odiosos á todo el pueblo, en medio de que acarrearía contra el duque de Braganza el odio de todo el clero y de la inquisicion, hombres temibles para los mas altos príncipes, que no dejarían de agregar el dicterio de excomulgado al de rebelde y usurpador; que el mismo príncipe sentiría extraordinariamente que se manchase su ascenso al trono con una accion tan cruel. Añadió Almeida que él mismo se ofrecia á vigilar tan de cerca la conducta del arzobispo el dia de la egecucion, que no podria emprender nada en perjuicio del interes público. En fin habló en su favor con tanta vehemencia, que obtuvo de sus amigos la vida de aquel prelado, no pudiéndosela negar á un hombre de un mérito tan distinguido.

Solo faltaba fijar la marcha y el órden del ataque: decidieron que se dividirían en cuatro partidas para atacar el palacio.

por cuatro puntos distintos á un mismo tiempo, á fin de ocupar todas las avenidas, sin que los Españoles pudiesen comunicarse entre sí, ni socorrerse mutuamente; que Don Miguel de Almeida atacaria la guardia alemana que estaba á la entrada del palacio; que el montero mayor Mello, su hermano y Don Esteban de Acuña, al frente de los artesanos, sorprenderian una compañía de Españoles que diariamente montaban la guardia en frente un punto del palacio llamado el Fuerte; que Pello de Menezes, el gentilhombre mayor, Emanuel Saa y Pinto se apoderarian del aposento de Vasconcellos, dándole inmediatamente la muerte, y que Don Antonio de Almada, Mendoza, Don Carlos Noroña y Antonio de Salsaña se asegurarian de la persona de la vireyna y de todos los Españoles que estaban en palacio, para servirles de rehenes en caso necesario: que mientras estarian ocupados á apoderarse cada uno de sus respectivos puntos, se destacarian algunos hombres á caballo

con varios habitantes de los principales, para proclamar en toda la ciudad á Don Juan, duque de Braganza, rey de Portugal: estando reunido el pueblo en las calles se servirian de él para precipitarse del lado en que se manifestase todavía alguna resistencia. Se separaron con la resolución de encontrarse el sábado 1º de diciembre, los unos en casa de Don Miguel de Almeida, y los otros en las de Almada y Mendoza, en donde debian armarse los conjurados.

Mientras que en Lisboa los amigos del duque de Braganza trabajaban con tanto ardor para sus intereses, y que él mismo no perdonaba medio para asegurarse de toda su provincia, inquieto el primer ministro de tantos retardos, le despachó un correo que le llevaba la orden expresa de ponerse inmediatamente en camino para presentarse en la corte; y á fin que este príncipe no retardase su viage con el pretexto de falta de dinero, el correo le entregó en su mano, de parte del conde-

duque una carta de pago de 10,000 ducados, pagadera á vista en la tesorería real.

Esto era explicarse en términos claros é inteligibles, y el duque no podia ya diferir su viage sin dar justos motivos de sospecha : no le quedaba ya ninguna razón plausible para dejar de obedecer las órdenes del rey, y por lo mismo debia temer que el menor retardo podria al cabo acarrearle una orden desagradable de Madrid, que hubiera podido desconcertar todos sus planes y arruinar absolutamente la empresa : por ello no alegó ningun pretexto para no obtemperar á una orden tan perentoria, mandó inmediatamente poner en camino la mayor parte de su casa con direccion á Madrid. Delante del mismo correo dió todas las órdenes necesarias á su gobierno, como un hombre que esta en visperas de emprender un gran viage. En el mismo acto despachó un caballero á la vireyna, para darle aviso de su próxima partida : escribió al primer ministro que dentro de ocho dias á mas

tardar se presentaria á la corte; y á fin de tener un testigo que declarase á su favor, ganó el correo mandándole dar una cantidad de dinero, so pretexto de pagarle su viage y manifestarle su agradecimiento por el trabajo que se había tomado trayéndole las órdenes del rey. Al mismo tiempo dió parte á los conjurados de las nuevas órdenes que acababa de recibir de la corte, haciéndoles sentir al mismo tiempo la urgente necesidad de egecutar sus designios en el dia conve-nido, de miedo que los Españoles no les ganasen de mano (1). Pero ellos mismos se encontraban en una posicion muy difícil que no les daba mucho lugar de poder emprender nada con tanta prontitud.

Habia en Lisboa un hombre de distincion que manifestaba continuamente y en todas partes un odio muy violento contra el gobierno de los Españoles; nunca les daba otro titulo que el de tiranos y usurpadores. Declamaba públicamente con-

(1) Caet., l. 1., p. 25

tra sus injusticias, y sobre todo se manifestaba altamente irritado contra el viage de Cataluña sobre el qual hacia mil pronósticos nada lisongeros. Almada, que habia hablado varias veces con él, creyó que no habia en toda Lisboa un Portugués mas entusiasta, y que se alegraria muchísimo de saber que se trabajaba eficazmente para la libertad de su pais : pero júzguese cual seria su pasmo cuando, habiéndole conducido en un parage retirado para descubrir la conjuracion, vió que aquel hombre era tan tímido y cobarde en el fondo, quanto se presentaba audaz en sus palabras, pues se rehusó á tomar la menor parte ni querer contraer ningun empeño con los conjurados, so pretexto de la poca solidez que veia en el negocio : orgulloso é intrépido mientras creyó la cosa muy lejana, pero tímido y prudente á la vista del peligro que era necesario correr : « ¿ En donde estan, decia á Almada, las fuerzas necesarias para sostener un proyecto tan vasto ? ¿ Que ejér-

cito teneis para oponer á las tropas españolas que al primer movimiento que manifestareis invadirán todo el pais ? ¿ Quiénes son los grandes que estan al frente de este negocio ? ¿ Y tienen ellos mismos los fondos necesarios para sobrellevar los gastos de una guerra civil ? Mucho temo, añadió, que en vez de trabajar para vengarnos de los Españoles y libertar la patria, no contribuyais á su ruina, suministrándoles un pretexto que desde mucho tiempo estan buscando para acabar de arruinar el Portugal. »

Almada que estaba muy distante de esperar semejante contestacion, y desesperado de haber confiado tan malamente su secreto, no le dió mas respuesta que echando mano á la espada, y excitándole vivamente ciego de cólera. « Es forzoso, le dijo, que me arranques la vida con mi secreto, ó que yo te castigue de haberme sorprendido con tus discursos y palabras impostoras. » Pero el otro, cuya prudencia se dirigia siempre á evitar el peligro

mas inmediato, al ver una espada desnuda consentió á todo lo que quiso Almada. Ofreció entrar en la conjuracion, encontró varias razones para destruir las primeras que habia avanzado, y juró mil y mil veces que guardaria inviolablemente el secreto: en fin nada omitió para persuadir á Almada que si desde luego no habia aprobado las proposiciones que le habia hecho, no era por falta de valor ni de resentimiento contra los Españoles.

Sus promesas y juramentos no tranquilizaron tanto á Almada que no le quedase mucha inquietud sobre este lance; por lo mismo, sin perder á su hombre de vista, avisó inmediatamente á los principales conjurados de lo que le habia pasado. Al instante todos se alarmaban: hicieron varias reflexiones sobre la veleidad é inconstancia de aquel hombre; temian que la vista del peligro que se debia correr ó la esperanza de una cuantiosa recompensa no le hiciesen infiel á pesar de todas sus precauciones; y en esta alternativa resolvieron

diferir la egecucion de sus designios, y precisaron á Pinto á que escribiese á su amo que retardase por su parte el hacer estallar la empresa hasta que hubiese recibido noticias suyas (1): pero Pinto que conocia muy bien cuan importante es en semejantes negocios no diferir un solo dia, escribió secretamente al príncipe que no hiciese el menor caso de aquella carta, pues esto no era mas que un terror pánico de los conjurados, que se habria desvanecido antes que llegase el correo á Villaviciosa. En efecto, viendo por la mañana siguiente que nadie se movia, se avergonzaron de haberse alarmado con tanto ardor, y el que les habia causado esta inquietud les dió nuevas seguridades de la fidelidad que les habia prometido, ya fuese que hubiese concebido pensamientos mas generosos, ó por temor de embarcarse malamente en acusar tantos hombres de lo primera distincion: remitieron la egecucion al dia señalado. Pero apenas habian salido de este emba-

(1) Caet. Passar. l. 1, p. 25; Soussa, l. III, c. 2.

razo que tropezaron en otro que no les causó menos recelos. Pinto habia tomado la precaucion de tener siempre varios conjurados diseminados dentro del palacio para descubrir lo que allí pasaba. Estos afectaban pasearse con indiferencia como cortesanos ociosos, cuando la víspera de la egecucion que debia comenzar por la muerte de Vasconcellos, vieron que este ministro se embarcaba en el Tajo: otros hombres distintos de los conjurados ni tan siquiera lo hubieran notado, porque es fácil de concebir que podia ir del otro lado del rio por mil motivos que no tendrian la menor conexion con ellos. Sin embargo al instante se atemorizaron: se persuadieron que aquel hombre astuto y hábil que tenia espías en todas partes habia descubierto algo de la conjuracion, y por lo mismo creyeron que habria pasado del otro lado del rio para hacer entrar á la ciudad las tropas que estaban diseminadas en las aldeas inmediatas. Al instante muchos de ellos creyeron ver sobre sí la imágen del suplicio con

todos los horrores de la muerte: el miedo les presentaba sus casas rodeadas de ministros de justicia para prenderles; ya algunos de ellos trataban de pasar á Africa ó á Inglaterra, para sustraerse de la crueldad de los Españoles: en fin, pasaron una parte de la noche en esta cruel agitacion, ó por mejor decir entre la vida y la muerte, cuando llegaron los que se habian quedado en el puerto para observar lo que pasaba, diciendo que el secretario habia vuelto acompañado de una compañía de músicos, pues solo habia salido para ir á una funcion en donde estaba convidado. La alegría pronto desterró la inquietud de los conjurados, los cuales se retiraron bien seguros de que nada habia traslucido en palacio, que todo el mundo dormia con la mayor tranquilidad, y que estaban muy distantes ni siquiera de sospechar lo que debia suceder en el siguiente dia.

Era muy tarde cuando se separaron, y por lo mismo quedaban muy pocas horas de noche hasta el momento de la egecu-

cion ; sin embargo en estos cortos momentos todavía les sucedió un nuevo accidente antes que estallase la conjuración : ¡ tan cierto es que semejantes empresas siempre son muy inciertas, y muchas veces arriesgadas, principalmente cuando el temor del suplicio ó la esperanza de una recompensa puede hacer traidores é infieles ! Jorge Mello, hermano del montero mayor, se hospedaba ordinariamente en casa de un pariente suyo que vivía en un arrabal apartado de la ciudad : este señor creyó que como ya se tocaba el momento en que iba á estallar la conjuración, su pariente, que además era su amigo desde algun tiempo, tendría justos motivos de queja si le ocultase un negocio de tanta importancia y en el cual el bien comun de la patria le interesaba tanto como á él mismo ; que fácilmente le haría abrazar el partido de la misma conspiración, y que le llevaría consigo al punto de la reunión de los conjurados. Con esta mira cuando llegó de la junta subió á su cuarto y lla-

mándole en su gabinete le comunicó toda la empresa, exortándole á unirse con tantos hombres honrados, y conducirse como debía un caballero de su mérito y un verdadero Portugués. Sorprendido el otro al oír una noticia tan nueva é inesperada, no dejó de manifestar alguna demostración de júbilo de ver su país próximo á recobrar su libertad : dió gracias á Mello de la confianza con que le honraba, y le aseguró que se reputaría feliz de exponer su vida y partir el peligro con tanta gente honrada, para una empresa tan justa y gloriosa.

Con estas palabras se separaron para descansar algunas horas antes de ponerse en camino para el punto de la reunión. Apenas Mello entró en su cuarto, ya se arrepintió del exceso de su confianza : remordióle la conciencia de haber puesto inconsideradamente la vida y el destino de tantos sujetos distinguidos en manos de un hombre de quien no estaba bastante seguro : parecíale que había notado en sus ojos y en todo su aire una inquietud

secreta y señales de sorpresa y espanto á vista de una empresa tan arriesgada : en fin, temia que el miedo del suplicio ó la esperanza de una recompensa segura no le determinase á revelar su secreto.

Preocupado con estas reflexiones que agitaban su espíritu, se paseaba aceleradamente en su cuarto, cuando habiéndole llamado la atencion un ruido confuso de gente que hablaban bastante bajo y como en secreto, abrió la ventana para ver y oír mejor lo que se decia : con el auxilio que prestaba una luz vacilante apercibió su pariente á la puerta de la casa, próximo á montar á caballo. Al instante la cólera y el furor se apoderaron de su alma ; bajó precipitadamente de su cuarto, y corriendo hácia él con la espada en la mano, le preguntó con arrogancia que negocio extraordinario le hacia salir de su casa á deshora de la noche, que designio era el suyo y á donde queria ir. Sorprendido el otro hasta lo sumo, buscaba pretextos para justificar su salida : pero Mello amenazándole de

quitarle la vida le precisó á subir otra vez á su cuarto, y habiéndose hecho traer las llaves de la casa, no le perdió de vista hasta llegada la hora de la egecucion y le determinó á ir con él á juntarse con los demas conjurados.

En fin amaneció el dia fatal (1) cuyo resultado debia decidir si el duque de Braganza merecia el título de rey y de libertador de la patria, ó el nombre de rebelde y enemigo del estado.

Los conjurados se reunieron de madrugada en la casa de Don Miguel de Almeida y en las de los demas señores en donde debian armarse. Todos se presentaron con tanta resolucion y confianza, que parecia iban á una victoria segura ; y lo mas notable es que entre un número tan crecido, compuesto de clérigos, artesanos y caballeros, que la mayor parte estaban animados por intereses opuestos, no hubo ni uno solo que faltase á su palabra y á la fidelidad que habia prometido : cada cual apre-

(1) Sábado, primero de diciembre de 1640.

suraba el momento de la egecucion como si hubiese sido el gefe y autor de la empresa y que la corona debiese ser la recompensa de los peligros á que se exponian. Hasta varias mugeres (1) quisieron ser partícipes de la gloria de aquel dia : la historia conserva la memoria de Doña Felipa de Villeles que con sus propias manos armó á sus dos hijos , y despues de haberles dado sus corazas : » Id hijos míos , les dijo ; id á derribar la tiranía y vengarnos de nuestros enemigos ; id , bien seguros que si el éxito no corresponde á nuestras esperanzas , vuestra madre no sobrevivirá un momento á la desgracia de tantos hombres de bien . »

Luego que se hubieron armado , se fueron todos á palacio cada cual por su camino , y los mas de ellos en sillas de mano para ocultar mejor su crecido número y las armas que llevaban : dividiéronse en cuatro partidas como estaba convenido , esperando con mucha impaciencia que diesen las

(1) Caet. Passar. , t. 1. , p. 26.

ocho que era la hora señalada para la egecucion. Nunca el tiempo les habia parecido tan largo : causábales la mas cruel inquietud el temor de que se apercibiesen de su numerosa reunion y que la hora extraordinaria de presentarse á palacio no diese motivo al secretario para sospechar alguna cosa de su designio. Por ultimo dió el relox la hora tan deseada ; Pinto disparó al instante un pistoletazo , como estaba convenido , y esta fué la señal de obrar.

En un momento y á un tiempo mismo se arrojaron precipitadamente cada cual al punto que se le habia señalado. Don Miguel de Almeida con su partida envistió la guardia alemana que , tomada al descuido y la mayor parte sin armas , pronto quedó vencida casi sin ninguna resistencia.

El montero mayor Mello , su hermano , y Don Esteban de Acuña , envistieron la compañía española que estaba de guardia en frente de un sitio del palacio que se llamaba el Fuerte : seguíales la mayor parte de los artesanos que habian tomado parte en

la empresa, y se arrojaron con el mayor denuedo, espada en mano, en el cuerpo de guardia en el cual los Españoles se habian atrincherado : pero nadie se distinguió mas que un clérigo del pueblo de Agembuza : marchaba al frente de los conjurados con un crucifijo en una mano y la espada en la otra, animando el pueblo con una voz terrible para que acuchillase á sus enemigos, y en medio de sus vivísimas exortaciones él mismo atacaba los Españoles. Todo huia delante de él, pues presentándose armado con un objeto que la religion nos enseña á reverenciar, nadie tenia la osadía de atacarle ni de defenderse; de suerte que despues de muy poca resistencia el oficial español se vió precisado á rendirse con sus soldados, y para salvar su vida gritar como los demas, Viva el duque de Braganza rey de Portugal.

Pinto abriéndose paso hácia palacio, se puso á la cabeza de los que debian atacar la habitacion de Vasconcellos. Caminaba con tanta resolucion y confianza, que en-

contrando un amigo suyo que le preguntó temblando á donde iba con un número tan crecido de gente armada, y que queria hacer: «Nada mas le respondió, sonriéndose, que cambiar de gefe; y libertaros de un tirano para daros un rey legitimo.»

Al ir á entrar al aposento del secretario, encontraron al pie de la escalera el teniente de corregidor Francisco Suarez de Albergaria que acababa de salir del gabinete de Vasconcellos: creyendo aquel magistrado que este tumulto no era mas que una querrela particular, quiso interponer su autoridad para hacerles retirar; pero oyendo gritar de todas partes: viva el duque de Braganza, creyó que su honor y la dignidad de su empleo le imponian el deber de gritar viva el rey de España y de Portugal. estas palabras le costaron la vida, pues uno de los conjurados le tiró un pistoletazo y se hizo un mérito de castigarle de una infidelidad que ya empezaba á ser criminal.

Al ruido acudió Antonio Correa, oficial

primero del secretario : como era ministro ordinario de sus crueldades , y que á imitacion de su amo trataba á la nobleza con el mayor desprecio , Don Antonio de Menezes le clavó su puñal en el pecho ; pero este golpe no bastó para hacer sentir á aquel desdichado que su autoridad ya se habia acabado , pues no pudiendo comprender que nadie tuviese la osadía de atacarle , y creyendo que lo habian tomado por otro , se volvió orgullosamente hácia Menezes , y con una mirada de indignacion y venganza : « ¡ Como te atreves á herirme ? » le dijo. Menezes solo le respondió con otras cuatro puñaladas que lo dejaron tendido en el suelo. Sin embargo sus heridas no fueron mortales pues salvó su vida para perderla poco tiempo despues de una manera mas vergonzosa á manos del verdugo. (1)

Libres los conjurados de este subalterno que les habia detenido en la escalera , se apresuraron á penetrar en el apo-

(1) Souza , l. III , c. 2.

sento del secretario. Estaba entonces con Diego Garcez Paleira , capitan de infanteria , quien al ver tanta gente armada y enfurecida , se sospechó que se dirigian contra la vida de Vasconcellos : aunque no debia ninguna obligacion á este ministro , por un rasgo de generosidad , echó mano á la espada y se puso á la puerta para defender la entrada á los conjurados y darle tiempo de escaparse ; pero habiendo recibido una herida en el brazo y no pudiendo ya sostener su espada , abrumado de otra parte por el crecido número , se tiró por una ventana y tuvo la felicidad de no matarse.

En el instante entraron tumultosamente los conjurados en el aposento del secretario : búscanle en todas partes , derriban camas y mesas ; descerrajan los cofres para encontrarle : todos querian tener el honor de asestar el primer golpe. Sin embargo la víctima no parecia y los conjurados estaban desesperados viendo que eludía su venganza , cuando una criada vieja amenazada de muerte , les hizo señas